

APÈNDIX II

APUNTES PARA UN JUICIO CRÍTICO
DE LA MODERNA LITERATURA CATALANA

*Carta a D. Victor Balaguer*¹

Muy Sr. mío y apreciable amigo:

He recibido de parte de V. el primer tomo de la biblioteca catalana en que V. publica sus poesías *Esperansas y recorts*. Doyle a V. mil gracias y me prometo conservar el nuevo libro de V. entre los objetos que más gratos recuerdos atraen a mi memoria. La lectura de esta obrita ya desde sus primeras páginas ha despertado en mi una verdadera curiosidad, al ver que V. se propone abordar la trascendental cuestión acerca de las tendencias políticas de la moderna literatura catalana. Nada había visto escrito acerca de este punto, y más de una vez estuve tentado de promover discusión sobre el mismo, desde las columnas de *La Democracia*. Quizá tan sólo mi incertidumbre, o mejor, mis poco halagüeñas sospechas acerca de la intención que guiaba a los fomentadores del despertamiento de la literatura catalana, son causa de que hasta hoy no haya mostrado gran afición al cultivo de las letras catalanas, apesar de mi natural inclinación en favor de todo lo de nuestra tierra. Lo digo sinceramente, amigo mío; he creído por mucho tiempo que ese movimiento literario no tenía ninguna trascendencia político-social, o si lo tenía en exigua parte, era en sentido reaccionario. Así lo creen muchos, sobre todo en Madrid, donde yo he tenido ocasión de observarlo de cerca. Las aclaraciones y afirmaciones que V. hace en el prólogo de la obrita de que hablo, responden en gran parte a la necesidad que en mi sentir hay de aclarar este importante punto del objeto a que V. con tanto entusiasmo consagra sus inteligentes esfuerzos. Es necesario que trabaje V. mucho en este sentido, en el sentido de dar un carácter político y liberal a la moderna literatura catalana, si quiere V. que su generosa aspiración sea comprendida de todos los buenos.

Oportuno pero no del todo exacto ha estado V. al hablar de la escisión que divide el campo de la moderna literatura catalana. Para mi este campo ofrece hoy por hoy poco atractivo. Observo en él tres grupos. El más numeroso pertenece al género cándido, por no usar de otra expresión más gráfica y verdadera. No puede V. figurarse, amigo mío, lo que he sufrido y sufro cada vez que la casualidad —porque no busco ocasiones— pone ante mi vista en libros y periódicos algún nuevo engendro de esa literatura inocente. Para todo aquel que posee el verdadero sentimiento de lo bello y la razonada convicción de lo útil, es un dolor ver malgastar tantos esfuerzos de ingenios más o menos privilegiados, en cantar *albas* y *vespradas* por lo común desprovistas de toda intuición verdaderamente poética: en parafrasear, cada vez más ramera y servilmente, insípidos coloquios amorosos, en los cuales los *donsells* y las *ninetas* hacen exclusivamente el gasto, presentándonos tipos extravagantes, diametralmente opuestos al carácter catalán, puras afectaciones del sentimiento que ni deleítan, ni moralizan, ni consiguen ninguno de los altos fines de este género de poesía. Esto me recuerda el triste período histórico de nuestra literatura nacional, cuando sólo y exclusivamente se cultivaba la poesía mística y la pastoril, y la misión de los poetas se limitaba a velar el sueño de la abyecta conciencia de nuestro pueblo, cantando villancicos o componiendo idilios de pastores y zagalas: tarea que tuvo la gran trascendencia social que todos sa-

1. Escrito en Julio de 1868 [Nota de J. G.]

bemos. A los poetas, por lo común jóvenes, que se sienten inclinados a cultivar esta planta parásita de nuestro naciente Parnaso, me atrevo a decirles que es necesaria mucha sordera del alma o estar muy faltos de intuición acerca del estado social en que vivimos y del momento histórico que corremos, para distraer las facultades del corazón y de la mente en semejantes bagatelas.

El segundo grupo a que me refiero puede calificarse clara y paladinamente de reaccionario. Consciente o inconscientemente los que a este grupo pertenecen sirven a la reacción. Elevar a la categoría de sistema la evocación de historias y leyendas de la Edad media, revistiendo los cuadros de un naturalismo exagerado, empleando un estilo y lenguaje lleno de arcaísmos y dicciones bárbaras, y afanarse con amorosa complacencia en hacer resaltar, con más o menos veracidad y sana crítica histórica, las glorias y las virtudes de personajes que sintetizan en sí instituciones políticas y sociales que el sentido moral de nuestro siglo rechaza, es servir a la reacción. En vano se me dirá que el recordar los hechos gloriosos de nuestra patria Cataluña, es un acto digno de alabanza y de gran trascendencia para la educación cívica de nuestro pueblo. No trato de negar la importancia social de la enseñanza de la historia cualquiera que sea la forma en que esta enseñanza se realice; pero nunca convendré en que en este solo objeto se base todo el edificio de una escuela literaria. Una literatura que sólo se alimenta de los recuerdos de lo pasado, que sólo habla de hechos y no de ideas; que se desatiende completamente de la realidad presente, que no formula ninguna aspiración para lo porvenir, es una literatura muerta. Y por otra parte, ¿no es cierto que al contemplar a los partidarios de esta escuela tan asiduamente entregados a la tarea de enaltecer las glorias del pasado, alalta a la mente la sospecha de si el sistema de hablar mucho y con fervoroso entusiasmo de los tiempos feudales obedece a deliberada intención de encariñar al pueblo a un retroceso insensato e imposible? Abrigo sin embargo, la convicción sincera de que no todos nuestros poetas catalanes aficionados a este género de literatura, están animados de propósitos liberticidas, y que cuando V. mismo dice ser:

«..... un historiaire
que escorcolla cosas vellas,»

se halla bien lejos de pensar que a fuerza de manosear cosas viejas se aficione uno a ellas... Pero no insisto acerca de esto: yo también soy aficionado a lo viejo, si lo viejo es bueno.

Hablemos ahora del tercer grupo, del cual es V. digno jefe y digna personificación. Este grupo es poco numeroso, y su significación verdadera, muy poco concreta y determinada hasta ahora. Entre los pocos poetas catalanes que manifiestan una aspiración política en el sentido liberal y expansivo que V. indica en el prólogo de la obrita de que hablo más arriba, no veo unidad de doctrina ni desición formal, ni verdadero sentido práctico en las aspiraciones que formulan. Podría citar algunos ejemplos en apoyo de lo que digo, pero haría demasiado larga esta carta que escribo de corrido, para V. sólo, y sin ánimo de darle otro carácter que el puramente confidencial. No se me ocultan las graves dificultades que se oponen tratándose de un pensamiento trascendental que ha de elaborarse trabajosamente en el reducido espacio en que es dado operarse un movimiento literario; pero esto no quita un ápice a la verdad de mis afirmaciones. De esta falta de unidad en los propósitos entre nuestros poetas políticos catalanes, en mi sentir proviene el recelo y la desconfianza y hasta la animosidad con que se ve en el resto de España el despertamiento de la literatura catalana. De aquí que tan sólo vean en ésta espíritu de provincialismo, exclusivismo local, anhelos de resurrección de un pasado imposible, y tendencias político sociales que el movimiento de la civilización universal condena. — V. ha arrojado alguna luz acerca de esta cuestión, y esto, que yo sepa, tan sólo en el libro que examino. V. habla de aspiraciones a la paz universal y a la autonomía de los pueblos y de los individuos, y por lo que a nuestra patria se refiere

manifiesta deseos de una nacionalidad ibérica, formada por la federación de todas las antiguas provincias, teniendo éstas vida propia e independiente dentro de la unidad política y constitucional de la nación. Con verdadera complacencia he leído esta declaración de V., la más franca, concreta y positiva de cuantas hasta hoy he podido entrever en la parte doctrinal de la moderna literatura catalana. ¡Lástima grande de que no tenga V. más imitadores y partidarios que le secunden en su tarea con la decisión y fe propia del apóstol! ¡Lástima también —y perdóneme V. mi ruda franqueza— que V. mismo no ponga más escrupulosidad lógica al desarrollar el principio altamente liberal que con tanto entusiasmo proclama! En su ingeniosa y en la forma bellísima composición titulada «Los quatre pals de sanch» presenta V. como ejemplo culminante de violación de la idea del *derecho*, el resultado del compromiso de Caspe. La violación de la idea de *justicia* en las persecuciones y muerte del príncipe de Viana. ¡Cómo le ofusca a V. su afición a lo antiguo! El *derecho* y la *justicia* aparecen aquí bajo una acepción nada grande, políticamente hablando y dada la significación filosófica con que la ciencia y la moderna revolución caracterizan a esas fórmulas constitutivas del orden social. ¡Ay! mientras la musa catalana no acuda a otros medios para inculcar en el corazón y en la mente del pueblo la idea del derecho, la poesía no guiará a los pueblos por la vía del progreso, y la generosa aspiración de V. no será comprendida. ¿Qué diré a V. sobre la pretensión de elevar a símbolo de las libertades catalanas la llamada protección a nuestra industria, que tanto trasparenta en la composición citada? Como habla V. de voluntad nacional, vida propia e independiente de las provincias, si amenaza V. a Castilla para el día que, en virtud de su propia autonomía, abra sus puertos a los productos extranjeros y proclame la libertad de comercio, que es la consecuencia lógica de la libertad individual? Convengamos, amigo mío, que su pensamiento de V. acerca del tema que nos ocupa, promete ser trascendental y digno, pero que necesita todavía un gran trabajo de gestación antes de darse completamente a luz. Mientras esto último no se realice, la moderna literatura catalana, no tiene objeto ni significación política social recomendable a los ojos de cuantos en lo *bello* buscamos lo *bueno* y lo *útil*.

Dos palabras sobre los *Juegos florales* y concluyo.

Es indudable que los visibles progresos que de pocos años a esta parte, ha hecho la literatura catalana, reconocen su origen en los *Juegos florales*. V. avanza más en este sentido. V. dice que el consistorio de este certamen poético se halla animado de las aspiraciones liberales y regeneradoras que V. indica como exclusiva tendencia y principal misión de nuestro movimiento literario. Esta opinión de V. es para mí de muy problemático fundamento: los hechos vienen desmintiéndola todos los días. Los *Juegos florales* son el palenque donde tan sólo pueden luchar los poetas de la escuela reaccionaria, y esa multitud de amantes importunos de las musas que acuden en tropel donde quiera puedan lucir sus dotes ridículo-sentimentales. Patria, fe, amor. Dentro del círculo de estas tres ideas se ve obligada a moverse la actividad intelectual de los poetas que acuden al certamen. La *patria* es Cataluña, y sólo pueden cantarse glorias que la historia recuerda, y todos sabemos que en general la historia tan sólo recuerda glorias militares, que por lo común no son las propias para despertar en el ánimo del pueblo las verdaderas virtudes cívicas, ni para inculcarle la perfecta intuición de la Roma del porvenir. La *fe* del consistorio, nadie ignora que es la fe rigurosamente ortodoxa, estrecha y quisquillosa de nuestros neo-católicos. El *amor* no tiene importancia trascendental para los altos fines de regeneración moral y política de que venimos hablando. ¿No le parece a V. reducido este círculo de acción? No ha sospechado V. que hay robustas inspiraciones apasionadas de lo verdaderamente grande que no pueden amoldarse a tanta estrechez? Porque en esa liza de la inteligencia no hay plaza para todos? Si la literatura para conceptuarse digna de este nombre ha de ser la expresión de una idea, de una civilización y del espíritu de un pueblo, ¿puede el pueblo catalán reflejar en los *Juegos florales*, su carácter y sus aspiraciones? Vivimos sólo del pasado? Nada hay en nuestro

presente digno de loa? Tan negro es nuestro porvenir? Dónde están los premios ofrecidos a los poetas de inteligencia y sentimiento que cantan o cantar pudieran a la libertad de los pueblos, a la paz y a la fraternidad universal, a las conquistas de la ciencia, del arte y de la industria: a la florificación del trabajo, a los adelantos presentes, a las generosas utopías y realidades incontrovertibles del porvenir? Cómo se quiere que los *Juegos florales* sean un elemento de progreso, si en ellos se cierra la puerta a toda aspiración innovadora, si la poesía sólo puede batir sus alas por encima de ruinas cuyo polvo la ciega, privándola de fijar su vista en los espléndidos ideales que en lontananza aparecen?

Tengamos conciencia de nuestra conducta, y digamos clara y terminantemente a lo que vamos, si queremos que la opinión ilustrada nos comprenda y nos siga. Es preciso vigorizar el carácter de la poesía catalana. Dividamos el campo. A un lado los adoradores del pasado, a otro y en frente de ecos, los apóstoles del porvenir, cuidando bien de no conceder siquiera los honores de combatiente a esa turba parásita, que marcha al son del caramillo, con la miel de la sensiblería en los labios y embarazado el cuerpo con femeniles atavíos. Luche la verdadera escuela nacional y progresiva con la exclusivista y reaccionaria, y el triunfo no puede ser dudoso. Deslindados perfectamente los campos, puesta la inteligencia y la justa popularidad de V. al servicio de la buena causa, a su lado de V. acudirán cuantos comprendan y sientan el verdadero objeto de la poesía, cuantos admirando el pasado glorioso de nuestra querida Cataluña, evocan los recuerdos de ayer con el sólo fin de aleccionar al pueblo en su vida presente, cuantos aspiran a la conservación del idioma, usos, fueros y costumbres sociales y políticas más identificadas con nuestro carácter, y en armonía con las necesidades de la época, como poderosa garantía del derecho y de la libertad y como piedra fundamental del edificio federativo que ha de cobijar un día, unidos pero no confundidos, a los distintos pueblos que habitan el suelo feliz de la península ibérica. Cuando llegue el caso de que V. quiera aprovechar el concurso de los que de esta suerte comprenden la eficacia y la razón de ser de la moderna literatura catalana, cuente V. con el débil pero entusiasta apoyo de éste su admirador y amigo afectísimo.

J. GÜELL Y MERCADER

«El Eco del Centro de Lectura», núm. 14, 16 octubre 1870